



Miguel de Ceruantes

Este que veys aqui de rostro aguileno, de cabello castaño, frente lisa, y desembarçada, de alegres ojos, y de nariz corba, aunque bien proporcionada: las barbas de plata, que no ha veynte años que fueron de oro: los vigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos, ni crecidos, porque no tiene sino seys, y estos mal acondicionados, y peor puestos, porque no tienen correspondencia los vnos con los otros: el cuerpo entre dos extremos, ni grande, ni pequeño: la color viua, antés blanca, que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies. Este digo que es el rostro del Autor de la Galatea, y de don Quixote de la Mancha, y del que hizo el viage del Parnaso, a imitacion del de Cesar Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño. Llamase comunmente Miguel de Ceruantes Saavedra. Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautiuo, donde aprendiò a tener paciencia en las aduersidades. Perdiò en la batalla Naual de Lepanto la mano yzquierda de vn arcabuzazo, herida, que aunque parece fea, el la tiene por hermosa, por auerla cobrado en la mas memorable, y alta ocasion que vieron los passados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debaxo de las vencedoras vanderas del hijo del rayo de la guerra, Carlo Quinto de felice memoria. Y quando a la deste amigo, de quien me quexò, no ocurrieran otras cosas de las dichas que dezir de mi, yo me leuantara a mi mismo dos dozenas de testimonios, y se los dixera en secreto, con que estendiera mi nombre, y acreditara mi ingenio. Porque pensar que dicen puntualmente la verdad los tales Elogios, es disparate, por no tener punto preciso, ni determinado las alabanzas, ni los vituperios.

HISTORIA DEL HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

BIOGRAFÍA EJEMPLAR

por Eugenio Orrego Vicuña

Don Miguel, que era historiador puntualísimo y experto en el conocimiento de las almas, amén de doctor en humanas pasiones como otro no lo hubo, refirió una vez, en su casa de Valladolid y ante amigos y familiares, donde no faltaría Andrea, gallarda aun en sus años maduros, y Magdalena, que de vuelta del mundo íbase recogiendo a lo místico; refirió, digo, la maravillosa historia de un hidalgo español, cuya discreción, valentía y virtud le ponían por encima de cuanto hasta entonces se conocía, dejando en sombra a la flor y nata de los caballeros del mundo. Era una historia tan graciosa como seria, y tan peregrina que a todos traía en suspenso, pues andaba ya de boca en boca, desde la risueña y soleada Sevilla de Andalucía hasta la nueva villa y corte, que el poeta no se hacía rogar para referirla ante los auditorios más variados, en hosterías y posadas, en casas conocidas, o al azar de los caminos.

Esa tarde, comenzó de esta manera:

Había en un lugar de la Mancha (cuyo nombre todos deseáramos recordar) un hidalgo cuya edad frisaba con los cincuenta años y era de recia complexión, enjuto de rostro, seco de carnes o amojamado, gran madrugador y amigo de la caza, esto sin duda en el tiempo de distraerse y no pensar. Tenía el sobrenombre de Quijada o de Quesada, que en ello, como en lo ordinario de las cosas, no andan muy de acuerdo los autores; pero sea lo que fuere, sus contemporáneos lo llamaron Don Quijote de la Mancha, en memoria de hazañas que tuvieron por teatro las llanuras de Castilla, y tal es el nombre con que le conocé la posteridad.

Vivía el Hidalgo en compañía de una sobrina que no llegaba a los veinte y de una ama que pasaba de los cuarenta; buenas mujeres ambas, algo chismosas y entrometidas, que para eso eran mujeres, pero como no ejercieron influencia alguna en el héroe, las hemos de dejar por honestas, campechanas y amigas de lo suyo, en lo que a nadie hacían daño.

El Hidalgo dedicaba a la lectura los ratos ociosos (de apariencia), que para él eran los más del año. Encerrado en su gabinete, en compañía de muchedumbre de libros de caballería, que no le habían sorbido el seso, como dicen los comentaristas medianos, (y por ellos andaba Don Miguel algo errado), sino antes bien le habían iluminado las anchas entendederas, exaltando sus espíritus a lo heroico, estímulos que debían permitirle cumplir su extraordinaria y admirable misión. Volviendo y sobando páginas, se metió por las andanzas de Amadís de Gaula y de los más famosos caballeros andantes que en el mundo ha habido, cuya ministerio, algo olvidado con las mudanzas de los tiempos, vino a convertirse en pasión para él. Al cabo de mucho pensar, descubrió su camino, que era el de ir en defensa de los menesterosos y perseguidos, de las doncellas, de las víctimas, de los desesperanzados, para prestar a unos el socorro de su brazo, a otros el auxilio de su espíritu y dar a todos la dádiva de luz de su limpio corazón.

Así dispuesto, desentumió las herrumbrosas armas que habían sido de sus bisabuelos, enjaezó su caballo, que tuvo por nombre Rocinante, dióse a sí mismo aquél con que la historia lo conoce, y un día, antes del alba, embrazada la adarga, firme la lanza, trepó a lomos del rocín y por la puerta del corralón de su casa salió al ancho mundo.

Cuando los aires del campo le refrescaron el ánimo, dióse cuenta de que no era armado caballero, según las leyes de la caballería, y puso remedio a ello apeándose a la puerta de un castillo donde dos galanas mozas, de buen ver y donosura, le tuvieron el estribo y le dieron de comer, luego que el alcaide vino con mucha humildad a presentarle sus respetos. Después del reparo, se procedió a la vela de armas, que tuvo lugar en la plaza abierta, es decir, en un corralón grande, puestas sobre una pila que junto a un pozo estaba. Esa misma noche, pues castellano y caballero tenían prisa, se ofició la ceremonia. Dióle aquél un gentil espaldarazo, asistieronle doña Molinera y doña Tolosa, dama ésta que le ciñó la espada, diciéndole: «Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides».

Así quedó armado Don Quijote.

Y otro día, después de algunas desventuras, volvió a su aldea, no del todo sano, pues la profesión de ser heroico no da

para blanduras. En su casa le asistieron los familiares, con ayuda del Cura y del Barbero, que no eran gente de verso.

Repuesto de quebrantos, dióse trazas en reanudar el hilo de sus andanzas, para lo cual requirió los servicios de un labrador de ninguna lectura, pero de rico entendimiento, calentado en el corazón de la tierra española, que tenía por nombre Sancho Panza, el cual, codicioso en los comienzos de ganarse alguna ínsula o ducado que su amo le prometiera, dejó a la familia y salióse con Don Quijote, a lomos de su Rucio, asno excelente sobre toda ponderación, y fuéronse señor y escudero, segura salida, por los campos de Montiel donde les alumbró la aurora.

A poco andar sobreviñoles una de las aventuras más famosas que puedan imaginarse: Dieron con treinta o más desaforados gigantones, y junto con verlos, picó espuelas a Rocinante Don Quijote y arremetió contra ellos, lanza en ristre. Pero quiso su estrella que algún encantador o maligno enemigo cometiera la villanía de transformar los gigantes en molinos de viento, cuyas aspas hicieron astillas la lanza y dieron por tierra con caballo y caballero. Así habría de ocurrir con frecuencia a los seguidores del Hidalgo, porque nunca falta quien les suscite molinos de viento.

Aquella noche la pasó Don Quijote invocando a la dama de sus pensamientos, cuyo nombre todo buen caballero ha de esculpir en el corazón. Llamaba a la suya Dulcinea del Toboso y era la más gentil princesa que se pudiera imaginar; decían los que todo creen saberlo que no pasaba de ser aldeana de la villa del Toboso, de la que andaba enamorado años hacía sin que ella se percatase; pero si tal ocurrió, la verdad era que se había separado por completo de su apariencia original, basta y no nada elegante, para convertirse en ente real vivo, adornado de todos los méritos y gracias que pueda discurrir el humano entendimiento. Don Quijote la rendía culto y ordenaba al cabo de toda aventura venturosa, a quien hubiera vencido o servido, fuera a ponerse a los pies de su señora para acatarle pleitesía. Y le sobraba razón, pues obligación tenemos de rendir culto al Ideal.

Ocurrió luego otro lance con dos encantadores que llevaban hurtada alguna princesa y a la cual su enemigo convirtió por ensalmo en pacíficos frailes de San Benito. Trajo por

tierra a uno, huyó el otro, y a continuación hubo singular batalla con un escudero vizcaíno, que salió más que molido del entrevero.

* * *

Reanudó Don Miguel el relato de la segunda parte de la primera con reflexiones discretísimas acerca del oficio de historiar, pues a su entender deben los historiadores ser puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición no les haga torcer el camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir.

Dijo y maravillando a su cautivado auditorio, reanudó el relato.

A poco andar acogieron a Don Quijote unos cabreros que con noble sencillez de pueblo sano, no envenenado por demagogos, le compartieron su pobre merienda, que él aceptó de muy buen grado. A los postres, teniendo aquel senado rústico por más digno que los muchos de semi letrados que abundan en éstas y aquellas tierras, les pronunció ese discurso famosísimo de la edad dorada (que en otro sitio se glosa). Atentos le estuvieron los auditores y si no lo entendieron de pe a pa, lo cierto es que pudieron apreciarlo mucho mejor que lo han hecho los eruditos corrientes.

Otro día toparon con unos yangüeses, que si no gigantes de los antiguos, por la maldad lo valían y con aumento; los tales apalearon a Rocinante y molieron a amo y escudero, que habían acudido a la defensa del animal. Esta aventura, en que el buen Rocinante sube a nivel de ser humano, y aun mayor que el de muchos que por tales se tienen, muestra cómo la verdadera caballería humaniza cuanto toca. Y así el Hidalgo iba afirmando su parentesco con aquel mínimo y grande de Asís, que hablaba al hermano Lobo y al hermano Pájaro...

Entreteníanse, viandando, en sabrosas pláticas en que la sabiduría del Hidalgo limaba las aristas espirituales del rústico ingenio de Sancho, quien poco a poco íbase contagiando de la llamada locura quijotesca, que es, en sustancia, un darlo todo al Ideal, en entrega perpetua de sí mismo, un no guardar nada

para sí en obsequio a la justicia de los otros. Discurría el escudero con salsa de refranes, en lo cual era más que ducho, y el caballero, entre rendidas expresiones a su Dama, forjaba su empresa con perseverancia tan admirable que nada era parte a detenerlo, ni los aparentes fracasos, que con cordura atribuía a nigromantes y perseguidores, ni las moleduras, tajos o reveses, gozándose en las noches en blanco, en las hambres y fatigas, en el no beber ni satisfacerse de nada material, con ascético coraje. ¿Hubo caballero más valiente en el decurso de la humana historia, ni menos ambicioso o desconfiado?

Cuando el trote de Rocinante, que era paso más que trote, lo llevó a un castillo, transformólo su enemigo en venta, sin que lograrse con ello trastocar las imágenes en la cabeza de Don Quijote, que bien sabía era castillo y no venta. Allí le ocurrieron mil percances, ocasionados por la malignidad del taimado. Allí le acogió una dueña joven y robusta, de nombre Maritornes, que las furias transformaron en moza zafia y olisca. Allí fué donde Sancho definió tan lindamente lo que era ser caballero andante o aventurero: «una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendrá dos o tres coronas de reinos que dar a su escudero». Hoy nos apalean en la tierra baja y mañana tendremos arriba coronas para repartir...

En el tal castillo sobaron a Don Quijote, que velaba por su castidad, y Sancho se trabó en pendencia con Maritornes y a todos dió el arriero, figura ruin suscitada por el enemigo, «porque o yo sé poco, o este castillo es encantado». ¡Y vaya que lo era! Más de cuatrocientos moros apalearon al buen Panza, de lo cual se curó con el bálsamo de Fierabrás adobado por su amo. Terminó esa triste aventura con el manteamiento de Sancho, ejecutado a modo de cobro de cuenta por algunos pícaros.

Salidos de la venta-castillo, dieron a poco andar con el emperador Alifanfarrón, señor de la grande isla Trapobana y su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolín del Arremangado Brazo, cuya particularidad era entrar siempre en las batallas con el brazo derecho desnudo. Subidos a una loma vieron pasar los ejércitos de aquellos celeberrimos guerreros, pero quiso el encantador transformar a los hombres de armas. —«¿No oyes el relincho de los caballos, el tocar de los clarines,

el ruido de los atambores?», preguntó Don Quijote.—«No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros». Y así era la verdad, pero el Hidalgo, que seguía viendo las cosas por encima de sus apariencias y fingimientos, dió una gran voz y lanza en alto fué en ayuda de Pentapolín, dando y repartiendo golpes, con lo que quedaron por tierra enemigos en gran número; mas, a la postre, como no perdieran su aspecto ovejuno, el encantador y sabio, su enemigo, suscitó algunos pastores y ganaderos, los cuales le dieron pedreo inmisericorde.

Los sucesos no escampaban y luego vino el encuentro con un cuerpo muerto que llevaban a enterrar, donde el Hidalgo dió sin recibir. Ocasión fué ésta muy importante, pues Sancho, con inspiración súbita, le bautizó con el nombre de Caballero de la Triste Figura. Y como Sancho el inspirado no atinase a explicar la razón de por qué le diera tal nombre, dictaminó el Hidalgo: «Y así digo, que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua, y en el pensamiento ahora, que me llameses el *Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y, para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura».

En el no vagar de aventuras, sobrevino la de los batanes. Oyendo ruidos, que empavorizaron a Sancho, habló el Caballero: «Sancho, amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, o la dorada como suele llamarse. Yo soy aquél para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los Doce de Francia y los Nueve de la Fama...». Y después de pintarle los riesgos de la temerosa noche, su extraño silencio, el ruido de aquella agua que parece despeñarse desde los altos montes de la luna, cosas suficientes para infundir temor y espanto en el pecho del mismo Marte, «incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura», terminó con estas palabras: «espérame aquí hasta tres días no más, en los cuales si no volviere, puedes tú volverte a nuestra aldea, y desde allí, para hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás a la incompara-

ble señora mía Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que lo hiciesen digno de poder llamarse suyo».

Dióse trazas Sancho, sin duda por inspiración del sabio enemigo, en maniatar quedo a Rocinante, con lo cual el Hidalgo hubo de sosegar sus ímpetus. Y así pasó aquella noche, en que el escudero no olió a ámbar, resultando, cuando vino el día, que el espanto venía de seis mazos de batán, que tan sutiles puntos de burla suele gastarse la malicia de los encantadores. Rióse Sancho, y el Caballero le dió con el lanzón dos palos tales que tuvo de sosegar de prisa.

Corrida la mañana de ese día, sucedió la conquista del yelmo de Mambrino, cobrado de un individuo que lo traía puesto sobre su cabeza y parecía de oro: después dijeron que era el artefacto bacía y no yelmo, mas Don Quijote lo tuvo por tal y eso basta. Bien sabemos todos que cada vez que conquistemos el yelmo de Mambrino, no faltarán quienes lo llamen bacía...

Caminando con su trofeo, fué cuando dijo aquello de «hay dos maneras de linaje en el mundo: unos que traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas, a quienes poco a poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como pirámides puestas al revés; otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado hasta llegar a ser grandes señores; de manera que está la diferencia en que unos fueron que ya no son, y otros son que ya no fueron...». Olvidó decir Don Quijote que todos descendemos de un mismo principio y vamos hacia un mismo fin; de la tiniebla que fué y no sabemos al océano de luz que apenas presentimos todavía.

Sucedióles otra vez aquel suceso de la libertad que dió Don Quijote a muchos desdichados que los llevaban donde no quisieran ir, y es uno de los más famosos de esta fidelísima historia. Fué el caso que toparon hasta doce hombres a pie, ensartados como cuentas en una gran cadena, todos galeotes o gente forzada del rey que iban a remar en galeras en pago de su cuenta de delitos. —¿Gente forzada?, preguntó el de la Triste Figura. ¿Es posible que el rey haga fuerza a ninguna gente? Salió delante, detuvo a las de justicia, interrogó a los bellacos y contra la opinión y fuerza de las guardias opuso las suyas y acertó en libertarlos. Pidióles luego fuesen en cuerpo y con sus cadenas a ponerse a los pies de Dulcinea en el To-

boso, con lo que los galeotes, capitaneados por Ginés de Pasamonte, después de negarse y ser apostrofados por el Caballero, le pagaron a pedradas la gran merced que les había hecho. Y así quedaron, cuando cesó la borrasca de las piedras, Sancho desnudo, Rocinante y el Rucio con las orejas gachas y Don Quijote más que mohino. Aquel día aprendió, sin curarse de enmendar porque era hidalgo, cuál es la paga que suelen dar los hombres a sus libertadores.

Cansado de tanta persecución como le venía del sabio su enemigo, discurrió apartarse de su furia, acogiéndose a retiro de meditación, en acuerdo al consejo de Sancho, que conceptuaba de sabios guardarse hoy para mañana y no aventurar todo en un día, con lo que ambos se entraron por Sierra Morena, donde Ginés, el galeote liberado, que por ahí llegara en su fuga del rey, hurtó el Rucio, cuya pérdida costó al escudero las mayores lágrimas de su aventura. — «¡Oh hijo de mis entrañas, decía el rústico sabio, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas. . . ». Le consoló Don Quijote lo mejor que supo, a tiempo que encontraron cierta maleta con escudos de oro, que pasaron a poder de Sancho, y un librito de memorias donde se contenía la historia de los amores contrariados de Cardenio, caballero de la Sierra, con la hermosa Luscinda. Animóse con el relato a hacer penitencia como aquél, en la Peña Pobre, llamada ahora de Beltenebros, imitando a Amadís de Gaula que ahí la había cumplido en tiempos. Pensaba en tan histórico lugar hacer del desesperado, del sandío y del furioso, para seguir al valiente don Roldán cuando en una fuente halló señales de que Angélica la Bella había cometido vileza con Medoro. Tornándose en loco se liberaría de la caterva de encantadores que todas sus cosas daban en mudar y trocar. Llegaron al pie de una alta montaña, entre otras muchas que la rodeaban, sitio donde acordó hacer su penitencia. Apeóse, desjaezó a Rocinante y dióle libertad. Luego entregó a su escudero libranza por tres pollinas que habría en su pueblo y casa, mandándole que pusiera sus finezas por escrito, con la firma de «vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura», cuyo mensaje debía entregar en persona a Dulcinea, la de su alto pensamiento, en la carta que comienza: «El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazón, dul-

císima Dulcinea, te envía la salud que él no tiene...». Poniéndose en cueros, dió en seguida dos zapatetas en el aire y dos tumbos de cabeza abajo, mostrando cosas que por no verlas Sancho segunda vez, volvió riendas y siguió a su destino.

Subióse el Caballero a una peña, meditó, fabricóse un rosario, rezó un millón de Avemarías y escribió no pocas endechas en verso.

Sancho, entre tanto, en una venta del camino, dió de manos a boca con el Cura y maese Nicolás, que iban en busca del Hidalgo, y todos reunidos, con la Princesa Micomicona y Cardenio el enamorado, fueron a encontrar a Don Quijote, quien, en cumplimiento de su oficio de desfacer entuertos, prometió a la Princesa no emprender nueva aventura de especie alguna hasta no restituírle su reino de que un gigante follón la había desposeído. Refirió Sancho el cuento del desempeño de su encargo cerca de Dulcinea, que fué de mentirijillas, porque en ningún punto su pintura de la dama pudo acercarse a la verdad. Regresaron todos y el antiguo castillo donde encontrarán un día a Maritornes (de nuevo encantado, porque los encantadores no tenían vagar), fué escenario para leer la novela del Curioso Impertinente, cuya veracidad se discute por algunos, sin duda mal documentados en punto a psicología.

En la noche, mientras el Caballero reposaba, tuvo lugar el suceso de los cueros de vino, que fué de esta manera: Soñaba Don Quijote, y era verdad, que se hallaba en el reino de Micomición, donde su enemigo por burla le transportara en un santiamén, que así nos ocurre en nuestros viajes del sueño, tan reales como nuestro vivir cotidiano, porque mucho menos y no de mayor sustancia hacemos en estado de vigilia; le transportó, digo, y allí hubo de batirse con el gigante y cuando ya le tenía a punto de morir, que de nada le valía su cimitarra contra la espada del Caballero, el mago enemigo le llevó de nuevo a su cama del castillo, transformado en venta, y le substituyó al gigante por cueros de vino, a los cuales aportilló con la tizona que blandía muy limpiamente. La batalla terminó en inundación y alarido. De ahí a poco, con gran silencio de su cuadrilla, que le escuchaba suspenso, pronunció aquel celebrado discurso de las letras y las armas, en el cual, defendiendo a éstas sin deslustrar a aquéllas, dijo que el fin de las últimas es la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear

en esta vida, añadiendo justa condena para las armas de fuego que favorecen lo anónimo y cobarde. «Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería», invención que da lugar a que «un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero», con bala «disparada de quien quizá huyó, acabando en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos». Fué la única vez en sus andanzas en que tuvo alguna duda, no de su misión, sino del escenario en que le tocaba llenarla, cuando dijo: «estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como ésta en que ahora vivimos...».

Al amanecer del siguiente día, una dama del castillo le pidió merced de la mano y habiéndosela pasado, le encantaron, con lo que hubo de acudir al favor de su buena amiga Urganda y de los sabios Lirgandeo y Alquife, afamado éste último de ser el mayor mágico de su tiempo.

Encontrádose habían en el castillo de marras un oidor con su hija, el amante o pretendiente de ésta, los personajes y enamorados de la cuadrilla, a más del antiguo dueño o usurpador de la bacía de Mambrino, transformada en baciyelmo, a los que se sumaban algunos criados que en busca vinieron de un joven de nombre Luis y varios cuadrilleros de la Santa Hermandad que a la siga andaban de Don Quijote, y entre todos se armó tal batahola, tal confusión de golpes, gritos, mojicones y lamentos que parecía renovarse lo del campo de Agramante. Los cuadrilleros, como gente soez y fementida que realmente eran, pretendían arrestar al Hidalgo por la libertad que dió a los que iban a galeras, que siempre la justicia de venda para en perseguir a los grandes, pero todo se arregló a la postre.

Se arregló, en suma, por manera de nuevo encantamiento, que los encantadores, sin parar en respetos, dieron con el caballero de la Triste Figura en una jaula, donde, a vuelta de aventuras de poco momento, lo llevaron de regreso a la aldea, con escolta del Cura, del Barbero y de algunos de la Santa Hermandad, en tanto Sancho el Bueno, montado en su Rucio recobrado, tiraba de Rocinante. Fué en este viaje cuando dijo Don Quijote: «De mí sé decir, que después que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso,

cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones y de encantos. . . » Y lo que sigue.

De encantos, decía el Manchego y dijo verdad, porque iba él encantado y encantados vamos cuantos en el mundo somos, durándonos el encantamiento lo que la vida dura, bien que en la mayoría de las vidas sólo se trate de una triste suerte de encantamiento.

* * *

Dijo otra tarde Don Miguel:

Permaneció el Manchego algunos días en su casa, repeniéndose, y al cabo tuvo con Sancho coloquio de cuenta. «¿Qué es lo que dicen de mí en ese lugar? ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas y qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballeresca?», todo ello dicho «sin añadir al bien ni quitar al mal cosa alguna; que de los vasallos leales es decir la verdad a sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulación la acreciente, o otro vano respeto la disminuya; y quiero que sepas, Sancho, que si a los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrían. . . » Respondióle el escudero prontamente: «Pues lo primero que digo es que el vulgo tiene a vuesa merced por grandísimo loco, y a mí por no menos mentecato»; y en lo que toca a la valentía, cortesía, hazañas, «hay diferentes opiniones: unos dicen que loco, pero gracioso; otros valiente, pero desgraciado; otros cortés, pero impertinente, y por aquí van discurrendo en tantas cosas, que ni a vuesa merced ni a mí nos dejan hueso sano». A lo que replicó Don Quijote: «Mira, Sancho, donde quiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida».

Sabedor de que andaba por las calles una Historia de sus hazañas escrita por el historiador arábigo Cide Hamete Benengeli, tuvo con Sansón Carrasco, bachiller de Salamanca y vecino de su pueblo, larga entrevista. Fué ahí donde expresó, con mucho acierto, aludiendo a lo que de Cide Hamete le contaban: «las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia, no hay para qué escribirlas si han de redundar en me-

nosprecio del señor de la historia. A fe que no fué tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero».

La de anochecer sería cuando, a no mucho andar de horas, caballero y criado salieron camino del Toboso. Pasáronse la jornada en sabroso diálogo—que diálogo entre ambos fué en buena parte el discurso de sus andanzas—y otro día, con las estrellas aun pálidas, descubrieron la ciudad del Toboso, a donde entraron a media noche, entre ladridos de perros, rebuznos, gruñir cerdoso y mallar de gatos. Vieron nacer el alba, emboscándose de nuevo el Hidalgo y a la postre, cuando esperaba recibir con sólo ver a Dulcinea el pago de tantos pasados sinsabores, intervino el enemigo y encantó a la dama de la más extraña manera imaginable, pues que de alta, graciosa, fina por todo extremo, con aroma de ámbar desleído, la convirtió en tosca, desgarbada, chata, zafia y hasta olisca, que a la lengua saltábale tufo de ajos crudos. Y fué de tal suerte la transformación, visible para el Caballero más no para el ladino de Sancho, que pudo el Hidalgo medir su importancia en la tenacidad con que le perseguían y amargaban.

Siguióse el encuentro con el carro o carreta de las cortes de la muerte, con el espantarse de Rocinante y una no cumplida amenaza de pedreo; fué aquí cuando el escudero no quiso tomar venganza de burlas a su Rucio que hiciera un moharracho disfrazado de Diablo; y Don Quijote lo apellidó Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero. Apartados de ahí, les sorprendió la curiosa pendencia y desafío con el Caballero de los Espejos, quien, según las lenguas de chismosos cronistas, era el bachiller Carrasco en persona. Hubo combate y de los más famosos, porque vencido el de los Espejos o Carrasco, vencida una vez siquiera la malicia, ganó el caballero nuevo florón de hidalguía.

Continuaron su camino, alcanzándolos el Hidalgo campesino don Diego de Miranda, al cual dijo que todo aquél que no sabe puede y debe considerarse del vulgo y vulgo aun cuando sea señor y príncipe, dilatándose en analizar la poesía acabadamente. «Si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será también en sus versos; la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos». En compañía de Miranda iba cuando ocurrió

la inaudita aventura de los leones: Era una pareja algo hambrienta, que venía de Africa, enviada al rey por el general de Orán. Mandó Don Quijote, con razón que no encajaría en la razón ordinaria, pues una cosa es el ingenio que piensa y otra el vulgo que paze; mandó al leonero, digo, que le abriera las puertas de las jaulas y con las protestas de éste y la general huída de los que ahí estaban, cumplió el guarda, y Don Quijote, saltando de Rocinante, arrojó la lanza, requirió la espada y «paso ante paso, con maravilloso denuedo y corazón valiente, se fué a poner delante del carro, encomendándose a Dios de todo corazón, y luego a su señora Dulcinea», a propósito de lo cual Benengeli dice con verdadero entusiasmo y sin mezcla ninguna de rico humor: «Tú a pie, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada y no de las perrillas cortadoras, con un escudo no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos más fieros leones que jamás criaron las africanas selvas. Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso manchego, que yo los dejo aquí en su punto por faltarme palabras con que encarecerlos». Abiertas las jaulas, el macho, que era de grandeza extraordinaria y espantable y fea catadura, sacó la cabeza fuera y miró a todas partes con los ojos de brasas. Esperó tranquilo Don Quijote, miróle el león y volvió la espalda, sin atreverse a aceptar el reto; mandó el Hidalgo darle de palos para obligarlo a combatir, lo que no se hizo por prudencia del leonero, y quedó vencedor el andante en la más temeraria de sus acciones, ganándose el nombre de Caballero de los Leones.

Llegado que hubieron los huídos, díjoles el Manchego: «¿Quién duda, señor don Diego de Miranda, que su merced no me tenga en su opinión por un hombre disparatado y loco? Y no sería mucho que así fuese porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa». Conocía bien Don Quijote que siempre las hazañas han de parecer locura a los medianos y más a los villanos, que tanto en los negocios del espíritu como en las andanzas del humano valor lo que excede de las medidas comunes irrita y no se comprende.

En casa de don Diego pasaron cuatro días muy regalados, puestos a manteles y holandas, con buen yantar y hasta versos del joven Lorenzo, que los componía como con pluma de Cervantes. Al cabo cogieron el camino, donde tuvieron la

ventura de topar con dos estudiantes que les llevaron a las bodas de Camacho el rico y de Quiteria la hermosa, que fueron famosísimas por su esplendidez y abundancia, con montañas de comer y ríos de beber, salpicado todo de danzas de espadas y zapateos y de artificios, castillos y carros alegóricos, con otras infinitas diversiones, entre las cuales no fué la menor el lance del triste Basilio, enamorado de Quiteria, quien por ardid ingenioso obtuvo satisfacción de sus deseos, no sin que interviniera a su favor el Caballero de los Leones.

Tomó Don Quijote, tres días más tarde, la derrota de la cueva de Montesinos, donde le aguardaba aventura inaudita y de mucha sustancia. Llegado que fueron a la cueva una mañana, liaron al Hidalgo con cien metros de sogas, operándose su descenso. Durmióse en un bajo, para despertar del sueño ordinario en que discurre la vida, encontrándose sobre el más ameno y deleitoso prado que pueda imaginarse, ante un alcázar que parecía de clarísimo cristal fabricado. Acudió a su encuentro un anciano cuya barba le llegaba a la cintura, y era Montesinos en persona, el amigo de Durandarte. Por su mano conducido entró al palacio, donde vió, en sala de alabastro, un sepulcro de mármol de gran maestría, sobre el cual yacía en carne y hueso un caballero tendido de largo a largo. Era el ilustre Durandarte, encantado por el Mago Merlin, como él, y tal la bella Balerma, la reina Ginebra, la que escanciaba vino a Lanzarote cuando de Bretaña vino. Oyó suspiros y lástimas al caballero yacente, vió pasar a la señora Balerma llevando el corazón de su amante en cortejo con sus doncellas hermosísimas, todas con turbante blanco. Supo de cómo seres humanos fueron transformados en las lagunas de Ruidera y en el río Guadiana. Y vió más, pues a distancia andaba Dulcinea a guisa de labradora, con las otras dos del encantamiento, una de las cuales vino a pedirle en préstamo cosa de seis reales, haciéndole de gracia una cabriola. Y ahí, ante tanto misterioso dolor y embrujamiento, prometió no soségar y andar las siete partidas del mundo hasta desencantarla. De vuelta, cuando izaron la sogas a la superficie, hubo de tornar el Caballero al sueño de su vida.

Pasó la aventura del rebuzno y la graciosa del titiritero, con las memorables adivinanzas del mono adivino. Armóse en una posada, que realmente no era castillo, el retablo de maese

Pedro, pícaro ambulante que acaudillara antaño a los galeotes contra su libertador. Y ahí sobrevino el estrañísimo suceso del encantamiento de aquellos monigotes que parecían de cera y farsa, y con los cuales real y verdaderamente combatió el Hidalgo en ministerio de su profesión, pues don Gaiferos y la discreta Melisendra iban a caballo perseguidos de la morisma del rey Marsilio, la cual fué acuchillada en un periquete por la poderosa espada del de Los Leones.

Otra mañana dejaron atrás el ejército de los alcaldes rebuznadores, después de haber recibido Sancho el mayor varapalo de toda su vida, y se acogieron a las orillas del Ebro, donde ocurrió lo del barco encantado. Vieron uno sin remos ni jarcias que a un árbol estaba atado y Don Quijote sintió el llamado del mar. «Has de saber, Sancho, que este barco me está llamando...». Y entró a él con Panza, desatando la cuerda y dejándose ir por las encantadas aguas. Así, un día, otro hidalgo de hazaña se había lanzado en barquichuelos como cáscaras de nuez por otros mares que parecían llevar al fin y extremo del mundo, y si aquel hidalgo en aquella aventura descubrió las Nuevas Indias, ¿qué tanto pudiese él acometer empresa que dejase por oscura la suya? El misterio de este asunto es infinito. En esas naves que convidan, en esas aventuras y andanzas donde todo sacrificio y peligro parecen tener su asiento, está el secreto del eterno progreso del hombre. ¡Adelante, siempre adelante en esas embarcaciones que convidan!

Y en la suya se fueron amo y escudero, parando mal y en el agua, pues no todos los días hay costas nuevas donde abordar, si bien nuevos mundos desconocidos, tierras, misterio y esperanza renovados siempre aguardan a los buenos buscadores.

Encontráronse después con la bella cazadora, que resultó ser la Duquesa, y aquí comenzaron las aventuras del Castillo Ducal, donde fueron huéspedes y héroes los andantes del señor y su oísló. Aquí el ser recibidos a buenos manteles y atendidos por doncellas avispadas, aquí las burlas que los ingenios pobres suelen recibir en las casas de los ricos sin ingenio; ahí de los dimeç con el eclesiástico palurdo, que no merecía sotana, «de éstos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos». Y todo lo demás. Fué al de marras a quien dijo el Caballero enfurecido, cuando le afeara lo que había en él más digno de loa: «Unos van por el ancho campo

de la admiración soberbia, otros por el de la adulación servil y baja; otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos; yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentés. Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos y mal a ninguno. . . » Estas pocas palabras de su breve y bien sazonado discurso descubren el fondo de su alma. Ahí está todo Don Quijote, ahí el espíritu de todos los miembros de la hermandad quijotesca, caballeros del bien, dispersos, aislados y perseguidos por el mundo que no los comprende y ríe de aquello que se escribe con tinta de lágrimas. La senda de los tales caballeros es estrecha: estrecha es siempre la senda que lleva a las alturas espirituales, estrecho todo camino de salvación. Desprecia el Hidalgo la hacienda, es decir los bienes terrenos, que son cadenas y fardos para los espirituales, pero no la honra; antes bien la coloca por sobre su cabeza y va por sus fueros con la lanza en ristre y la adarga empuñada, es decir, en vela perpetua. Ha satisfecho agravios, enderezado tuertos, vencido enemigos; en una palabra, los menesteres de su oficio de justiciero. Es enamorado, pero de las cosas espirituales; su ardor lo pone en el ideal, que en cuanto a lo otro, a lo material, lo es no más de porque es forzoso. . . Admirable confesión, cuyo fondo, de sentido religioso y místico—la mística del espíritu en función humana—, se complementa con palabras de humilde carácter evangélico: «mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos y mal a ninguno».

* * *

No pocos días, si se les computa en el tiempo breve de su dilatada hazaña, permanecieron en casa de los duques el Manchego y su acompañante, y ahí, entre los halagos falsos, cumplimientos de cumpro y de miento, pasaron toda suerte de burlas y aventurillas de mera monta palaciega, donde se vió

que los castellanos de aquel castillo no eran mejores que los venteros de los otros y si con éstos hubo manteo y mojicones, con aquéllos no faltaron sacos de gatos, molimientos a granel y farsas que si no fatigaban el cuerpo, pesaban duramente en el ánimo.

Por ahí, después de lo del laboratorio, que fué burla digna de duques, Don Quijote dejó adivinar la oscura raíz de sus derrotas pasadas y posibles, el fondo en que el mal se sustenta y las obras del bien se realizan y debaten como en terreno de tembladera o en tinieblas de sueño: «Perseguido me han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido...»

La primera noche hizo el Duque a Sancho merced de la ínsula ansiada; pero fué merced a lo duque. Su amo, porque el pueblo en la menor edad (en el proceso de su evolución cultural a una democracia con seguridad económica y sin demagogos ni mandones) necesita quien y quienes lo conduzcan, lo describió por manera perfecta: «Sancho es uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió a caballero andante: tiene a veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple ó agudo causa no pequeño contento; tiene malicias que le condenan por bellaco; y descuidos que le confirman por bobo; duda de todo y créelo todo; cuando pienso que se va a despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente, yo no le trocaría con otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad...».

Súpase cómo se había de desencantar Dulcinea (burla ducal, porque a Dulcinea nadie pudiera desencantarla en este bajo mundo, donde encantada ha de permanecer mientras los asuntos del Estado, de la sociedad y de la cultura anden en manos de pícaros, o, al menos, domine la audacia de los pícaros sobre la prudencia de los discretos), y al saberlo, Sancho escribió a Teresa Panza, su mujer, aquella epístola que comienza: «Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba: si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta».

Sobrevino la aventura de la Dueña Dolorida, que es asunto de relleno ingenioso, a la que siguió el suceso de la venida de Clavileño, que es cosa de sustancia. (Clavileño va y se está quedo; viajan en él los espirituales, con pasaje a todos los

mundos, y no se mueve de tierra para los del común). Viajaron en el caballo de madera por las regiones altas del aire y del fuego, hasta llegar junto al cielo, al decir de Sancho, quien pasitamente se apeó de Clavileño y se entretuvo con las cabrillas, «que son como unos alhelies y como unas flores». Nada aparentó ver Don Quijote, que ya bastante había visto en la cueva de Montesinos.

Como tuviere noticia de que Sancho partiría pronto a su ínsula, encerróse con él, y dióle aquellas famosas tandas de consejos que los buenos gobernantes tienen hoy por código de sus tareas, entre los cuales se cuentan dos muy esenciales y nada aprovechados: «Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia, que las informaciones del rico»; «Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia».

El gobierno de Sancho en la Insula Barataria fué tan breve como ejemplar y si quisieron los duques hacerlo de burla y mentirijillas para solaz de cortesanos desocupados, les resultó modelo de gracia, cordura, natural despejo y espontánea ciencia de buena administración. Juzgó con sagacidad las cosas que le proponían, distribuyó justicia por manera discretísima, y a la postre dejó edificadas a las gentes. «Nó seas siempre riguroso, ni siempre blando, escribíale el Hidalgo, y escoge el medio entre estos dos extremos; que en esto está el punto de la discreción». Visitaba plazas y mercados, escuchaba a quienes quisiesen hablarle, iba de ronda. Dictó pragmáticas y creó contribuciones: «En resolución, él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar. . . ».

Llegado a su fin y remate el gobierno de la ínsula, con satisfacción de Sancho que ya había palpado las fatigas de los que mandan honestamente, se alejó de Barataria, caballero en su Rucio y con él fué a dar en una cueva, de donde lo sacó la diligencia de Don Quijote.

Cuando el Manchego se hubo despedido de los castellanos y se halló por fin en campaña rasa, parecióle «que estaba en su centro, y que los espíritus se le renobaban», que los caballeros de por dentro no están hechos para los ambientes cortesanos donde los halagos medran y las conciencias rectas se descabalan. «La libertad, Sancho, dijo el Hidalgo, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos: con ella

no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre. Por la libertad, así como por la honra, se debe y puede aventurar la vida». «¡Venturoso, añadió luego, aquel a quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo!». A poco, viendo varias imágenes de santos que algunos hombres llevaban talladas en madera, expresó: «estos santos y caballeros profesaron lo que yo profesó, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es, que ellos fueron santos y pelearon a lo divino, y yo soy pecador y peleo a lo humano. Ellos conquistaron el cielo a fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta agora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos. . . ». Si lo sabía, ¡vaya si lo sabía!

En seguida, en pos de pregón de su oficio, suscitóse la aventura de los toros bravos que llevaban a encerrar, no sin molimiento pero con victoria, pues, aunque caído, quedó dueño del terreno: —«Yo, Sancho, nací para vivir muriendo. . . ».

De camino a Barcelona toparon con Roque Guinart, caballero con visos de gentilhombre de campo atravesado y en su compañía llegaron a la ciudad condal, después de tres días con sus noches pasados entre los secuaces de Roque, donde se ve que todo ha de andar mezclado en la vida de buenas y malas partes, así las cosas del espíritu como las de los cuerpos y sentidos que sufren el misterio y el rigor de leyes que a menudo escapan a la humana voluntad.

Recibidos triunfalmente en la principalía catalana, al son de las chirimias y los atabales, fueron a parar a casa de don Antonio Moreno, gran amigo de Roque Guinart, donde ocurrió la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que pueden dejar de contarse. Empero, algo hay que decir de su entrada a una imprenta, donde tuvo ocasión de conocer cómo el mundo es «enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los loables trabajos». («¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¡Qué de ingenios arrinconados! ¡Qué de virtudes menospreciadas!»). Y aun pudo oír y notar cómo los libreros y editores dan a los que escriben tres maravedices por el privilegio y aun piensan que hacen merced. Añadió, viendo las cajas, «que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables, cuanto se llegan a la verdad o a la semejanza de ella, y las verdaderas tanto son mejores cuanto son más verdaderas».

La visita del Hidalgo a las galeras dió ocasión a magnífico homenaje, pues no bien hubo llegado a la marina, los barcos abatieron tiendas, sonaron las chirimías, se echó al agua el esquife con tapetes y almohadas de terciopelo carmesí y al subir por la escala derecha, disparó la capitana el cañón de cruzia, que era honor principesco, y la chusma lo saludó gritando *hu, hu, hu*, tres veces.

Otro día, yendo por la marina armado de todas sus armas, que eran ellas sus arreos y el pelear su descanso, topó con otro caballero, armado también de punta en blanco—el Caballero de la Blanca Luna—y con él le ocurrió la aventura que más pesadumbre le diera de cuantas hubo en su vida. Desaffole aquél a singular batalla a menos de reconocer la superioridad de su dama sobre Dulcinea. Aceptó el de los Leones y en presencia del Visorrey y de otros próceres libró combate con el ímpetu y entereza habituales, pero quiso la suerte, o quisieron los magos enemigos, que todo parecía una misma cosa y destino, desbaratarlo, pues en el encuentro vino a tierra; fué sobre él el de la Blanca Luna, que ni era blanca ni luna, intimándole el cumplimiento de la condición principal, que era retirarse a su lugar por el término de un año. Y aquí vino lo más heroico en el tiempo de su vida: Don Quijote, haciendo oblación de la suya, dijo con melancólica voz (triste no por él, sino por lo que el ideal sufriera): «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra».

Y ved cómo el Hidalgo de los Leones y de la Triste Figura, poniendo fin por voluntad contraria, que no la suya, a la grandeza y aun demás de su heroísmo, hubo de ponerse en marcha para su tierra, no bien se repuso algo del molimiento: en el asno iban las armas gloriosas del Caballero. De camino, pensó hacerse pastor en el año de forzado receso, pues no era mal imitar la pastoril Arcadia: «llamándome yo el *pastor Quijotiz* y tú el *pastor Pancino*, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos o de los caudalosos ríos. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los

troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, a pesar de la oscuridad de la noche; gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes sino en los venideros siglos».

Para comenzar el pastoril ejercicio durmieron a campo raso, donde ocurrió a Sancho describir el sueño con su bien contagiada discreción: «bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templá el ardor, y finalmente, moneda general en que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y el simple con el discreto».

Cuando llegaron a la vista de la aldea, hincóse Sancho, diciendo con atinada propiedad: «Abre los ojos, deseada patria... Abre los brazos y recibe también a tu hijo Don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que, según él me ha dicho, es el mejor vencimiento que desearse puede». Y así era la verdad.

Recibióles el pueblo con admiración, el Cura y el Bachiller con afecto y amorosamente la sobrina y el ama. Pero luego, luego cayó Don Quijote enfermo, pues las cosas humanas no son eternas, «yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres». Vino el médico y halló que melancolías y desabrimientos, término ordinario de las vidas, le acababan. Confesó, en estado de gran cordura, a fuer de católico rancio, de aquellos que se mantienen fieles a su Dios y al Ideal aun cuando no haya en los nidos de antaño pájaros ogaño. Testado que hubo, acometiéronle desmayos sin tasa y fué el perder su natural y luminosa percepción que le hacía ver otrora como real y verdaderamente era un Caballero que supo realizar hazañas heroicas no igualadas, que fué por el mundo en ministerio de una empresa santa para señalar rumbos a los hombres y apartarlos de la miseria de sus vidas sin horizontes, así a los reyes o a los

duques, de poca sesera y mucho boato, como a los pobres diablos que vegetan sordamente en las miserias de abajo y sólo alguna vez en dulce medianía. Y a la postre, con el fiel Sancho a los pies, que no dejaba de hacer sentidos pucheros, vino a morir, sumido en los términos de común sensatez, él, que había vivido en alas de una divina locura.